

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Por encima del muro

“Rama fructífera es José, rama fructífera junto a una fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro”.

Génesis 49:22

Estas palabras dirigen nuestros pensamientos hacia la persona de Cristo, el autor de toda bendición para la tierra entera, rama de la raíz de David que fructificará (Isaías 11:1). «Él extenderá sus vástagos por sobre la muralla de Israel, para llevar bendiciones a todas las naciones» (H. R.).

“Judíos y samaritanos no se tratan entre sí”.

Juan 4:9

“Hecho semejante a los hombres”, Jesús, el Creador de los cielos y la tierra, el Verbo hecho carne, cansado del camino, se sentó junto al pozo de Sicar (Juan 4:1-42). Fue necesario que atravesara la provincia de Samaria. Debido a que los judíos no tenían tratos con los samaritanos, la mujer que fue a esa hora a sacar agua del pozo se asombró de que Jesús le pidiera de beber a ella, una impura.

Sin embargo, Jesús mismo no retrocedió ante la distancia moral que lo separaba de esta mujer de mala vida, habitante de una región despreciada. Él sabía cómo ganársela, cómo revelarse a ella y darle a conocer los pensamientos

del Padre. Por la fe, ella iba a comprender que aquel judío, cansado del camino, no era otro que el Mesías, el Cristo.

A través del testimonio de esta mujer, la bendición se extendió a todo el pueblo, cuyos habitantes, después de haber oído a Jesús, reconocieron: “Verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo” (v. 42).

“Su aspecto era como de ir a Jerusalén”.

Lucas 9:53

Llegó el momento en que Jesús “afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51). Una vez más atravesó Samaria; en una de sus aldeas se encontró con el rechazo de sus habitantes: no quisieron recibirle porque iba a Jerusalén. Él aceptó su menosprecio y, sin juzgarlos, se fue con sus discípulos a otro pueblo. En otra ocasión aceptó, sin responder, la injuria de los judíos: “¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano...?” (Juan 8:48).

Rechazado por unos y otros, el Salvador continuó su camino. Dijo: “Es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino”. “Y al tercer día termino mi obra” (Lucas 13:33, 32).

“Y me seréis testigos en... Samaria”. Hechos 1:8

Esteban había sido apedreado. La persecución se ensañaba con la asamblea que estaba en Jerusalén; todos se habían dispersado, excepto los apóstoles. Felipe el evangelista (Hechos 21:8), quien junto con Esteban había sido uno de los siete diáconos, descendió a la ciudad de Samaria (Hechos 8:5). ¿Se atrevería a ponerse en contacto con esa gente infame? ¿Huiría de un pueblo que se había

entregado a la magia, incitado por un tal Simón, al cual “oían atentamente todos, desde el más pequeño hasta el más grande, diciendo: Este es el gran poder de Dios”? No, así como lo había hecho su Maestro, acudió allí, no para condenar tal magia, sino para anunciar “el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo” (v. 10-12). Muchos creyeron y fueron bautizados. Cuando los apóstoles se enteraron de que Samaria había recibido la Palabra de Dios, enviaron allí a Pedro y a Juan. Conforme al encargo del Señor en Mateo 16:19, Pedro abrió las puertas del reino a los samaritanos. Pedro y Juan oraron por ellos y les impusieron las manos “para que recibiesen el Espíritu Santo”. La determinación de Felipe de ir a Samaria fue de gran bendición para esta ciudad que se había volcado a Satanás.

Volviendo a Jerusalén, los apóstoles anunciaron el evangelio “en muchas poblaciones de los samaritanos” (Hechos 8:25). ¡Cuántos recuerdos traería a su mente esta provincia de Samaria, la cual habían atravesado junto a su Maestro más de una vez años antes! Ahora ellos cumplían su último deseo: “Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Más tarde, cuando Pablo y Bernabé atravesaron Samaria “contando la conversión de los gentiles... causaban gran gozo a todos los hermanos” (Hechos 15:3; 8:8).

El samaritano de la parábola, figura del mismo Señor Jesús, iba de camino (Lucas 10:33). El sacerdote y el levita habían evitado al herido, pero el samaritano, movido a misericordia, se acercó, vendó sus heridas, le puso sobre su cabalgadura, le llevó al mesón y cuidó de él. Jesús dijo al intérprete de la ley y a los que le escuchaban: “Ve, y haz tú lo mismo” (Lucas 10:37).

El fruto llevado por Jesús (el divino José) no concernía sólo a su pueblo cercado por sus muros, sino que sus racimos habían crecido mucho más allá. Sus discípulos, quienes habían aprendido de él, llevaron el Evangelio por todas partes siguiendo el ejemplo de su Señor.

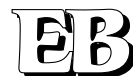
G. A.

“Ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación” (Efesios 2:13-14).

A los creyentes de ambos pueblos, es decir, judíos y gentiles, Cristo los “hizo uno”. Nadie puede sobrestimar la importancia de haber sido **hechos cercanos** por la sangre de Cristo, pero para la formación de la Iglesia se necesita algo más. La Iglesia no está constituida simplemente por un número de creyentes que fueron “hechos cercanos”, pues esta es una verdad que se aplica a los santos de todos los tiempos, rescatados por la sangre de Cristo, sino que está formada por creyentes de entre los judíos y los gentiles, dos pueblos de los cuales “**hizo uno**”. Cristo hizo esto mediante su muerte. “Él es nuestra paz” en un doble sentido: es nuestra paz entre Dios y el creyente, y es nuestra paz entre los creyentes de origen judío y los de origen gentil.

H. S.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).